

El centelleo



EL CENTELLEO
ANDREA SANTIAGO



PLA//ON & BARTLEBOOM

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2025

© del texto, Andrea Santiago, 2025
© Plasson e Bartleboom, S. L., 2025
Calle Aldea del Fresno 29, 6ºD
28045 Madrid

ISBN: 978-84-10483-16-3

DEPÓSITO LEGAL: M-10209-2025

CÓDIGO IBIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Daniel Mira

IMAGEN DE CUBIERTA: Jacobo Bergareche

MAQUETACIÓN: Alejandro Schwartz

CORRECCIÓN: Estela Gómez y Daniela Forero

IMPRESIÓN: Kadmos

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones tratados con los más altos estándares de sostenibilidad, lo que garantiza una gestión de los recursos responsable con el medio ambiente y las personas.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

A la tía Marga

Será mejor
quererte así
y este dolor.

AMAIA MIRANDA

«Será mejor»

PRÓLOGO

POR SARA TORRES

El centelleo es la escritura después de haber sido niña y no haberlo olvidado. Ser adulta y volver a la familia, volver al pueblo tras haber vivido unos años fuera. Es el tenso, inexplicable y beligerante baile entre querer pertenecer y fantasear con una huida, un punto de fuga que nos diferencie de forma definitiva.

Este libro entrega la escritura como un *torii*, puerta que se sitúa a la entrada de los santuarios sintoístas. El *torii*, marca de paso, indica en la tradición japonesa el movimiento de translación hacia un lugar sagrado, que precisa un cambio de actitud, una pequeña reverencia de reconocimiento. La prosa de Andrea Santiago, como el *torii*, también es ritual, porque habla de la infancia como espacio de la memoria, de un pasado-presente que constituye un continuo lleno de olvidos, lugar más o menos transitado por la psique adulta, cuyo acceso demanda una disposición especial.

Andrea Santiago escribe la infancia, y su inscripción en la familia, como un misterio vestido narrativamente de enigma. Así consigue, por un lado, respetar la profunda ambivalencia de la realidad afectiva, y, por otro, sostener la narración e interpelar una atención lectora que no se perderá en lo abstracto. En la intensidad de la realidad percibida durante los primeros años de

vida hay una potencia de asombro y una conversación con lo mágico que deja una huella centelleante en la memoria adulta. Esa huella, indicador de intensidad afectiva y de densidad simbólica, no puede resolverse como un trabalenguas ni decodificarse en el acto de mirar atrás «atando cabos». Lo que se da con pasión en la intimidad de las familias, de los lazos convivientes y los de sangre, esa experiencia extraña y única, no puede traducirse en un lenguaje razonable, sino en uno que abandona el enigma para entregarse al misterio.

Al margen de las modas, las oportunidades y las lógicas de consumo editorial, surge este libro como un testimonio de existencia. Hay en la escritura un justo respeto hacia lo vivo, representado en personajes que —a diferencia de aquellos que habitan las ciudades y tratan de buscar un sitio construyendo una identidad— ocupan un lugar indiscutible en el mundo que habitan. Un mundo más tranquilo, donde las temporalidades no se inscriben en lo espectacular, sino que se instalan en un reconocimiento del paisaje. El sentido lo da la repetición con sus pequeños y grandes quiebros. Hay una estabilidad de lo material: la casa, el taller, los muebles, el beso del saludo y el bordado de las mayores. Esta estabilidad permite la entrada a la experiencia de una realidad densa, rica en matiz, fértil en misterio.

Andrea describe con precisión y belleza la mirada infantil hacia el tiempo y el espacio adultos. Frente a los ojos de la lectora, más si esta habita la ciudad y sus demandas, la autora despliega la rutina familiar como si se tratase de una casa de muñecas abierta en dos partes que se sostienen por una bisagra. Tener un padre, tener una madre. Mirarlos vivir, ser mirada, alimentada, hablada por ellos. Imaginar dentro, fuera y en los límites de la tutela que ejercen sus narrativas sobre el mundo. Las costumbres que estructuran la infancia comienzan a palidecer cuando nos

alejamos de la casa, del hábito particular y a la vez tradicional de las familias. Cuando dejamos de emplear el lenguaje con el que se fundó nuestro pensamiento durante los primeros años.

Mientras tanto, el deseo de ser reconocida por las personas que constituyeron nuestra infancia se mantiene y se expresa de cuando en cuando. La identificación de la niña podría darse, fuera de lo esperable por los adultos, hacia el referente más complejo, menos racionalizable de la familia: la tía Marie. La niña deseará entender qué significa tener un cuerpo, ser un cuerpo. Marcada por lo que se muestra, pero mucho más por lo que se esconde, significará el cuerpo a través de sus derrames, de sus excesos, la sangre, las heces, la orina.

La tía Marie ocupa el lugar de la relación de asombro con el cuerpo y la materia. Entre la fascinación y el asco, su convivencia en la casa familiar sella la memoria y produce una hendidura fundamental en lo simbólico. La familiaridad, el cuidado y la experiencia de la abyección se muestran como compatibles y simultáneos en esta narrativa. Individuo de perfil aislado dentro de la familia, la tía Marie lleva la marca de la mujer sola, que no actúa para el deseo de los demás y cuya independencia se traduce en rasgos que pueden ser considerados antisociales. Para la sensibilidad de la infancia representa la irrupción del cuerpo en el lenguaje, la deriva de la morfología y el impacto del olor punzante. En la vida adulta, la tía Marie reaparece como un lugar de identificación posible, puesto que porta una potencia simbólica emancipatoria. Quizás el acierto más preciso de este libro es la pregunta empática por el pasado de cuerpos que alguna vez nos escandalizaron con su desobediencia a las leyes del deseo convencional.

¿Qué historias de familia nos contaron y cuáles elegimos contar nosotras? ¿Es posible devenir alguien distinto a aquello

que un día los adultos desearon? ¿O nos acompaña siempre, como un cuerpo pálido, la expectativa? ¿Volveremos dentro de unos años al norte, al sur, al pueblo de Zaragoza o de Castilla? ¿Es posible regresar de las capitales, tomar el vuelo de vuelta desde el extranjero y sentirnos en casa? ¿Se puede ser una mujer cuir, una mujer soltera, una mujer sin hijos, en el lugar donde naciste y que no sea visto como una rareza incómoda, un fracaso?

Andrea Santiago muestra la potencia de transformación cultural que hay en la práctica afectiva y artesanal de la escritura. Con una honestidad ajena a modas, fetiches del capital y estrategias autoriales, *El centelleo* nos pone a caminar descalzas, con los pasos de la infancia, por los pasillos de una casa adonde quizás nunca volveremos. Así, narra la necesidad de pertenencia y cuidado que nuestra generación vive, contradictoriamente, junto al miedo a pertenecer, el miedo a cuidar, y la culpa por todo ello.

Granada, marzo de 2025

LA LLEGADA (I)

Había fantaseado con la muerte de la tía Marie durante años.

En realidad, Marie no era hermana de nuestras madres, sino del abuelo Vidal, pero ella nos obligaba a llamarla «tía». Decía que le daba asco la palabra «abuela». Nosotros la obedecíamos en todo. De niños sabíamos que, si jugábamos al cariño distante, ella acabaría rebuscando en los bolsillos de su abrigo para repartirnos unas pesetas a cada uno. A veces no había tanta suerte y desenterraba caramelos de café, que siempre estaban pegajosos y cubiertos de extrañas partículas. Detrás de la tía Marie, la tía Silvia, que sí era mi tía de verdad, sacudía las manos con cara de asco, pero nunca decía nada. Mi hermano, mi prima Laura y yo corríamos al rellano, aquel lugar de nadie entre los dos pisos, justo debajo del azulejo de la inundación; colocábamos los caramelos en el centro y, sin que los adultos nos oyeran, tratábamos de identificar de qué estaban compuestos: pelusa, pelo de cabeza, pelo de otro sitio, miga, trozo de hilo, pelo de la Vismun, esquina de pañuelo.

Era duro acercarse a Marie. Llevaba años con el mismo abrigo, sin importarle si el termómetro marcaba cuarenta grados o si las tuberías estaban congeladas. Olía un poco a mierda.

Lo cierto es que a veces se la hacía encima.

La vi entrar en el edificio. Aunque vieja, era rápida. Un borrón gris con aristas.

Yo aguardé, escondida en el callejón. Lo último que me apetecía era subir con ella abrochada al codo, aguantando el aliento hasta el primer piso, o peor —con la suerte que tenía yo para esas cosas—, que me bombardeara a preguntas y me obligara a rendirme a las corrientes grises de su cuerpo. La mezcla del recuerdo y la fantasía de lo potencial me provocaron una descarga eléctrica en la mandíbula que solo conseguí amortiguar apretando los dientes. No, no me apetecía que me invadiera el olor a mierda de la tía Marie. Además, sabía que había cogido varias infecciones de orina en los últimos meses y que cada vez perdía la cabeza. Y luego le volvía. Claro, ya tenía noventa y pico años. Una edad difusa, indefinida. Nunca la había tenido clara.

Las ventanas del taller estaban abiertas. Pude oír rastros de la voz de Marie, ya en el interior. En la calle solo sonaba el mediodía de verano: el zureo intermitente que brotaba de las grietas de la iglesia, las moscas, los gatos arañando la basura, los cubiertos y el rasgueo de las persianas, que se iban bajando para enfriar las habitaciones y las siestas. El sol se desplegaba entre las casas, los bancos, los contenedores con verduras del mercado, ya podridas y desperdigadas, formando lagos de luz en el suelo. El portal, como siempre, estaba abierto. Pasé frente a la puerta de la planta baja, que antiguamente había sido una botica. Subí golpeando los bordes de la escalera con la maleta. Con la mano libre, escribí un mensaje a Guille: ya estoy aquí.

Guardé el móvil en el bolsillo y me detuve ante la puerta del taller. Era de color verde oscuro, pesada, antigua. Con el cierre temblaba como si fuera a derrumbarse, y el sonido se vertía por todo el edificio, retrocediendo cuando alcanzaba el sumun, apagándose lentamente después, hasta devolver el silencio. De

pequeña, me parecía que aquella puerta gritaba de dolor, así que trataba de atravesarla lo antes posible, antes que nadie. Es de los primeros sonidos que conservo. La tía Vito abrió sin que me diera tiempo de pulsar el timbre.

—¡Ma, mira quién está de vuelta!

Me abrazó con fuerza. Llevaba el pelo recogido en una trenza de espiga que entrelazaba distintos tonos de gris y vestía un kimono viejo del mercadillo. Detectó mi malestar al instante y decidió ignorarlo. Cada desorden que yo sentía se manifestaba deformándose la cara y la mirada, o en sarpullidos o anginas, y a ella no se le escapaba nada de eso. Vito nunca nos hacía preguntas más allá de un cómo estás, pero si nosotras nos abríamos, buscando consejo, ella nos empapaba con discursos lúcidos, sinceros y casi destructivos. Nos daba rabia a todas, una rabia resignada y teñida de admiración. Me pregunté si me habría visto por la ventana, escondida en el callejón, y jugaba conmigo. A mí Vito me parecía ambigua muchas veces, aunque nunca en su lealtad.

—Se te ha adelantado la tía Marie. Mira quién ha venido a verte, Marie.

El taller olía a barniz, a pintura, a polvo, a la estela de la anciana. La tía Marie estaba hundida en una de las butacas, al lado de la mesa de trabajo de la tía Vito. Llevaba el abrigo puesto y la cabeza cubierta con un pañuelo oscuro, como una viuda, aunque nunca se había casado. Había adelgazado desde la última vez, y el sillón la absorbía hacia sus entrañas. Del bolsillo sobresalía la esquina de un papel. Según habían comentado mis tías por el chat de grupo, durante los últimos meses le había dado por guardar los fajos de billetes en hojas enrolladas de periódicos y revistas. Estaba forrada y no se fiaba de su banco. Ladrones. *Josdeputa*, los llamaba. Era tan rata que recortaba hasta las palabras.

—Hola, tía Marie.

Me acerqué y la besé en la mejilla flácida, contuve la respiración. Vito se sentó de nuevo en la mesa de trabajo. Llevaba toda la vida dedicándose a hacer retratos, tapices y restaurando cosas. Vivía allí, en aquel taller.

—¿Tú de qué sobrina eras, *mueta*? —me preguntó Marie.

—De la mediana.

Le sonreí, corroída por la ira de los pronósticos. Ella apartó la vista, pequeña y oscura de mar adentro, y balanceó los pies, que no le llegaban al suelo. Cruzó las manos sobre el regazo, sin dejar la vista en mí.

—¿Has visto qué horrible está la Vitoria ahora que se ha dejado de teñir la cabeza?

Miré a la tía Vito, que en ese momento estaba encorvada cosiendo un bordado y se encogía de hombros, como si no fuera con ella.

—El gris es un color horrible —siguió Marie—. Es el color de lo muerto. Yo tengo la suerte de tener el pelo blanco y ser vieja porque, si no, lo llevaría tapado.

Miré a la tía Vito, esperando que fuera ella quien le recordara que sí llevaba el pelo cubierto. Me parecía impensable no hacerle saber que estaba equivocada. Vito no dijo nada. Nos quedamos en silencio, escuchando cómo la aguja penetraba en la tela.

—Es el color de las larvas, de los cánceres y de los cadáveres. Y de los dientes podridos.

—Un diente gris puede ocurrir por un golpe, tía Marie —dijo Vito alegremente—. De hecho, Laura tuvo uno cuando era pequeña. ¿Te acuerdas?

Yo sí. Me encantaba el diente gris, pequeño y redondo de mi prima. Laura decía que un *raumatismo* se lo había convertido en plata, que de mayor lo vendería por mucho dinero y compraría billetes de autobús para irnos a San Sebastián las dos juntas. Yo le

pregunté qué era un *raumatismo*. Ella me dijo que solo era algo que existía y que no le diera importancia. Abrió la boca y me enseñó el hueco en la encía que había al lado del diente gris, pasando la lengua por la curva roja. Luego le pregunté qué se sentía cuando se te caían los dientes. Me contó que se te derretían y toda la boca se te llenaba de leche, te la tragabas y así te crecían los dientes de adulto. ¿Y a los viejos, qué les pasa cuando se les caen a ellos?, volví a preguntar. Laura me dijo que, en ese caso, los cagaban porque se iban a morir y era una tontería que les volvieran a crecer. Me lo creí hasta que se me cayó uno de los dientes, ya en la cama, y me mantuve despierta gran parte de la noche, sosteniendo el diente sobre la lengua, como un caramelo, esperando a que se convirtiera en líquido. Por la mañana, mi madre me explicó que debía colocarlo debajo de la almohada para que viniera el Ratoncito Pérez a traerme un regalo. También intenté informarme de dónde había *raumatismos* que me convirtieran un diente en plata, porque mis padres me daban poca paga, mucha menos que a Laura. Estuve a punto de contarles a Marie y a Vito aquella historia, pero el impulso se desvaneció tan rápido como había llegado. Marie dijo:

—Vaya con la Laura. Gorda.

—Es que está embarazada, tía Marie.

—Parece un torico.

Volvíamos a quedarnos en silencio.

—Los gordos son unos viciosos. Como tú, Vitoria, que no ahorras la luz. Te veo desde la terraza, horas y horas con la luz prendida, a saber qué estás haciendo. Veo a los gordos por la calle y pienso: menuda panda de viciosos. Lo que hay que hacer es comerse una fruta por la noche, apagar la luz y no ser un vicioso. Igual en vez de Vitoria deberías llamarte Viciosa.

La tía Vito continuaba con su bordado, imperturbable. Yo contenía una carcajada. También contenía las ganas de llorar.

Deseé que la tía Marie no estuviese allí para poder hablarle a Vito, aunque no sabía cómo ordenaría las palabras ni qué quería decirle exactamente. Tenía una niebla dentro, en la cabeza, el pecho, que se traducía en un discurso violento y caótico cada vez que lo intentaba liberar. Me acababa rindiendo. Me daba miedo mirar ese desorden. Así había dejado de escribir textos largos y me conformaba con notas rápidas en el móvil, sobre todo cuando me tomaba un lorazepam o un vino. Esas notas nunca las miraba por la mañana. Se acumulaban en mi teléfono, mal escritas e impulsadas por la esperanza de las pastillas que, al día siguiente, en una sacudida al despertar, se teñían de vergüenza. Marie siguió hablando sin parar. Me contó que había perdido el reloj y que se resistía a comprar otro. Prefería rezarle a san Cucufato, el santo de las cosas perdidas, para que se lo devolviera.

—San Cucufato, san Cucufato, los cojones te ato y hasta que no me encuentres el reloj no te los desato.

Dio un golpe en el reposabrazos de la butaca y soltó una carcajada.

Oímos el sonido de unas llaves. La tía Silvia atravesó el umbral oscuro de la entrada. Iba como siempre: arreglada, con su vestido vaporoso de flores, las sandalias y el maquillaje. Olía a perfume, un perfume familiar, que se sumó al del taller. Me abrazó.

—¡Pero bueno! Ya me dijo Laura que igual venías este fin de semana. Es increíble, ya no queda nada. Hola, tía Marie.

Poco más tarde llegó mi madre, que me rozó la mejilla con un beso distante. Casi como si yo viviera allí y me viera todos los días. Se sentó junto a Vito para ver en qué había estado trabajando, mientras amasaba con los dedos, distraída, el asa de mi maleta. Al final apareció Laura, lenta y sudorosa. Me levanté pero ella me rehuyó con un gesto.

—Te quiero, pero no me toques. Ya no puedo más con este bombo ni con este calor.

Se hundió en una butaca y yo me senté en el reposabrazos, junto a ella, muy cuidadosa para no rozarla. Con una mano se retiró la camiseta, la amontonó sobre el pecho y se acarició la barriga, como consolándose a sí misma. Miré aquella tripa que conocía bien, ahora deformada y brillante, con el ombligo devuelto al exterior y el hilo de vello que desaparecía bajo las mallas azules. Laura se estaba dejando el pelo largo y se le desparramaba sobre el pecho hinchado, pesado como el trigo.

—¿Y la bruja? —preguntó.

Miramos alrededor. Las tres hermanas se levantaron a la vez, como si las uniera un mecanismo invisible. La encontraron en el dormitorio de la tía Vito, tratando de mover una cómoda de madera. Oímos cómo mi madre le preguntaba qué estaba haciendo. Oímos cómo Marie le respondía que Vito había dejado la casa hecha una mierda con los muebles así puestos. Vito le advirtió, en un tono firme, de que se haría daño, de que más valía que lo dejara, que tenía los huesecillos de un pájaro, que se iba a volver a romper la muñeca, ¿eso quería? ¿Quería pasar la tarde en el hospital, en urgencias, a treinta grados a la sombra? ¿Quería comer comida de hospital? ¿Gelatina, merluza? ¿Se acordaba? Oímos a Marie responder que, si tenía cojones, llamase a la policía, *Viciosa, japuta*, que esa casa era suya.

Quise llorar de nuevo, por todas aquellas cosas que estaban ocurriendo sin mí, por las que ya lo habían hecho. Pero también por las que ocurrían en aquel momento en Madrid, también sin mí. De nuevo en una tierra de nadie, en un rellano. Tuve el impulso de abrirme a Laura, pero me dio la sensación de que, si pronunciaba las palabras, echarían a volar, viajarían, se moverían con todo lo que me rodeaba: las paredes del taller, los suelos que

se quejaban con el tiempo, la luna negra que había dejado una antigua estufa en el suelo de la cocina; los tapices y los muebles de la tía Vito, la hora silenciosa de dormir, ellas. La luz que, en aquel pueblo, donde había nacido y crecido, era distinta a cualquiera que hubiera visto y vería nunca. El impulso vino y se fue en un segundo, como para recordarme que aquello estaba ahí y que en cualquier momento podría desbordarse y ahogarme. Laura me miró, me apretó el muslo y me sonrió.

—Chica, tú al menos te puedes emborrachar si quieres.

—No estás bebiendo nada, claro.

—Lo tengo controlado. Un zurito al día.